



CEU

*Universidad
San Pablo*

**Facultad de Humanidades y
Ciencias de la Comunicación**

**Globalización y desglobalización:
inseguridad y decepción en las sociedades
posmodernas actuales**

Juan Carlos Jiménez Redondo
Profesor Titular de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación
Universidad CEU San Pablo

Festividad de San Isidoro de Sevilla y San Francisco de Sales
Abril de 2017



CEU | *Ediciones*

Globalización y desglobalización: inseguridad y decepción en las sociedades posmodernas actuales

Juan Carlos Jiménez Redondo

Profesor Titular de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación

Universidad CEU San Pablo

Festividad de San Isidoro de Sevilla y San Francisco de Sales

Abril de 2017

**Facultad de Humanidades y
Ciencias de la Comunicación
Universidad CEU San Pablo**

Globalización y desglobalización: inseguridad y decepción en las sociedades posmodernas actuales

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2017, Juan Carlos Jiménez Redondo
© 2017, Fundación Universitaria San Pablo CEU

CEU *Ediciones*
Julián Romea 18, 28003 Madrid
Teléfono: 91 514 05 73, fax: 91 514 04 30
Correo electrónico: ceuediciones@ceu.es
www.ceuediciones.es

Maquetación: Luzmar Estrada Seidel (CEU *Ediciones*)

Depósito legal: M-10377-2017

Introducción

Entre 1989 y 1991 el mundo vivió un acontecimiento que alumbraba el inicio de una nueva etapa histórica. La inesperada implosión de la Unión Soviética, y la rápida disolución de ese verdadero imperio de opresión que había construido sobre buena parte de Europa y Asia, parecían anunciar, por fin, por lo menos en la parte europea, el advenimiento de la democracia y del Estado de Derecho. Era lo que Francis Fukuyama acertó a comprimir en ese impactante título de “El fin de la Historia”¹.

La obra de Fukuyama ejemplificaba mejor que ninguna otra ese optimismo, entonces sincero, acerca de la superioridad de la democracia como solución a los problemas de convivencia en sociedades abiertas, heterogéneas y pluralistas², frente a esas otras alternativas sistémicas que la habían cuestionado durante buena parte del siglo XX: los fascismos y el comunismo. Previamente a esa decisiva implosión del universo soviético, a mediados de los años setenta, Samuel Huntington había denominado tercera ola de democratización a un movimiento estructural de la sociedad internacional hacia la democracia y el Estado de Derecho. Proceso iniciado en Portugal con la Revolución de los Claveles, seguido por España tras la muerte de Franco, y propagado, ya durante toda la década posterior, por muchos otros países de América Latina y Asia³. La democracia parecía erigirse, por tanto, como la gran triunfadora del convulso siglo XX. Y parecía que iba a presidir el siglo XXI, no solo como incontestada forma de gobierno, sino como base de un estilo de vida crecientemente cooperativo, homogéneo, integrado y, por qué no, feliz.

¹ FUKUYAMA, F. (1992) *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta.

² Sigue resultando imprescindible acudir a ARCHIBUGI, D.; HELD, D. (eds.) (1995) *Cosmopolitan Democracy. An Agenda for a New World Order*, Cambridge, Polity Press. SARTORI, G. (2007) *¿Qué es la democracia?* Madrid, Taurus.

³ HUNTINGTON, S. (1994) *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Barcelona, Paidós.

Por otra parte, la desaparición de la política de bloques y de la Guerra Fría anunciaban también la realidad de un nuevo orden mundial que podía acabar con ese terror nuclear que había acompañado al mundo desde Hiroshima y Nagasaki, y en el que los problemas del ser humano podían alcanzar definitivo protagonismo frente a los tradicionales problemas de seguridad y poder de los Estados. El proceso de globalización sería el instrumento de expansión de esta nueva lógica del bienestar. La de un mundo cada vez más interconectado, más interdependiente y más cooperativo y seguro.

Sin embargo, apenas treinta años después, ese inicial optimismo se ha transformado en un creciente pesimismo. La democracia es enormemente cuestionada, no solo por causa de determinados problemas formales, sino en su esencia representativa. Los conceptos de integración y cooperación son cada vez más discutidos, y las viejas ideas de identidad y preferencia nacional han recobrado indudable protagonismo. La tradicional utopía del orden mundial democrático y pacífico ha cedido paso a la visión distópica de un mundo roto por la extensión de un sentimiento de miedo e inseguridad. Incertidumbre expresada en una tendencia de preferencia hacia opciones políticas consideradas hace apenas unos años como marginales o, simplemente, como radicalidades inaceptables.

Por tanto, creo que es especialmente relevante reflexionar acerca de esta tendencia de fondo, notablemente extendida por la mayor parte de las sociedades occidentales, de cuestionamiento de los fundamentos sobre los que éstas se habían asentado desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Creo que es necesario intentar comprender las razones que pueden explicar esas miradas crecientemente sorprendidas, incrédulas y pesimistas hacia unas sociedades que parecen avanzar hacia lugares imprevisibles, inciertos y, en todo caso, inseguros. Y remarco la palabra inseguro, porque creo que, en buena medida, es la característica que mejor explica la situación actual.

La seguridad material como fundamento del Estado del Bienestar

Pero comencemos por el principio. Y ese principio, evidentemente, nos lleva a la reconstrucción de las sociedades occidentales tras la hecatombe vivida entre 1939 y 1945. La idea de consenso permitió articular en las sociedades libres, democráticas, abiertas y pluralistas, un nuevo modelo de Estado cuya función esencial era transmitir seguridad a los ciudadanos. Una seguridad frente al infortunio concretada en un amplio número de prestaciones públicas que, sin em-

bargo, y seguramente en demasía, acabaron, por un lado, asociadas al concepto de derecho y, por otro, crecientemente desprendidas de la idea de obligación. En todo caso, ese nuevo modelo de Estado, llamado Estado del Bienestar, se autoimpuso una nueva condición de legitimidad, cual era satisfacer las necesidades esenciales de todos sus ciudadanos por medio de transferencias directas, subsidios y prestaciones; o indirectas, como servicios universales de sanidad y educación. El Estado del Bienestar concilió la idea de orden social con la de una relativa pero real redistribución de rentas, que afianzó en poco tiempo la solidez de unas sociedades desarrolladas, estabilizadas por la extraordinaria expansión de sus clases medias, y por la también sorprendente expansión de la capacidad de consumo de la mayor parte de sus integrantes.

El Estado del Bienestar trajo consigo una definitiva relajación de las radicales tensiones ideológicas y políticas de los atribulados años veinte y treinta. La democracia tendió a concentrarse dentro de unas elásticas posiciones de centro, que unas veces basculaban hacia la izquierda y otras hacia la derecha, pero sin que ello supusiera cambios profundos en la acción de los gobiernos ni en sus políticas básicas. Es lo que Daniel Bell denominó el fin de las ideologías⁴ y que, en realidad, legitimaba la idea de democracia como un sistema de alternancia pacífica en el poder, basado en la previsibilidad y en el rechazo de extremismos y radicalismos. Dicho de otra forma, se asumió que la democracia funcionaba porque debía ser “aburrída”, porque definía procedimientos formales que favorecían el consenso y mitigaban el disenso.

Las consecuencias del desarrollo del Estado del Bienestar fueron numerosas, incluyendo algunas no previstas en principio. En primer lugar, generó un alto grado de despolitización de los ciudadanos, que fueron proyectando sus valores y preferencias hacia problemas más personales, concretos y aprehensibles, la mayoría de ellos vinculados a elementos materiales y de aumento de sus niveles de vida. En segundo término, ese alejamiento de los ciudadanos de la política como preocupación esencial se tradujo en una creciente separación entre representantes y representados, pues los primeros tendieron a profesionalizarse y encapsularse dentro de estructuras partidarias cada vez más cerradas sobre sí mismas y ajenas a presiones externas. Solo los medios de comunicación consiguieron mantener un alto nivel de influencia sobre los partidos políticos. Es decir, a pesar de todos los problemas inherentes a la concentración de la propiedad de los medios, a la cada vez más visible dependencia de esos medios respecto del poder político, y a esa incipiente interrelación entre el periodista

⁴ BELL, D. (1964) *El fin de las ideologías*, Madrid, Tecnos.

y el político, que ha evolucionado hacia una denunciada comunidad de amistad e intereses, los medios siguieron constituyendo hasta los años noventa una verdadera salvaguarda de la democracia, como prueban casos como el célebre “Watergate” o, sin ir más lejos, la función de “parlamento de papel” que la prensa jugó en favor de la democracia en el proceso español de cambio político.

Dicho de otra forma, el éxito del Estado del Bienestar hizo que una parte muy mayoritaria de ciudadanos aceptara una delegación casi completa de la gestión de los asuntos públicos en los partidos políticos, y, más en concreto, en unos políticos cada vez más profesionalizados. Además, la creciente complejidad de la gestión de lo público obligó a que la política se confundiera con la gestión de lo público. En otros términos, que esa gestión se volviera cada vez más técnica y especializada, lo que inundó la política de tecnocracia. Percibida desde esta óptica, la ideología era cada vez menos importante, incluso contraproducente. La política dejó de ser el arte de lo posible, esto es, el arte de alcanzar consensos entre posiciones divergentes, para ser la imposición de lo inevitable. Por eso, en los años sesenta resurgieron las utopías, sobre todo, las utopías revolucionarias. Aunque la mayor parte de ellas, más que utopías, fueron simplistas apelaciones al viejo totalitarismo comunista disfrazadas de ensoñaciones supuestamente emancipadoras.

El Estado del Bienestar consiguió una formidable expansión de las clases medias en los países occidentales. Tanto, que el concepto típicamente marxista de clase dejó de tener sentido, ya que tanto los mecanismos redistributivos, como la fuerte capacidad regulatoria del Estado en el ámbito de las relaciones laborales, aseguraron cotas de bienestar desconocidas hasta entonces. La base keynesiana de ese Estado, y la decisiva influencia de la democracia cristiana, alumbraron una nueva sociedad centrada, caracterizada por unos altos niveles de consumo y una pérdida prácticamente absoluta de la conciencia de clase. Sin embargo, y de forma contradictoria, el fruto insospechado de la seguridad y la comodidad proporcionadas por ese Estado del Bienestar fue la potente reideologización juvenil de finales de los años sesenta y primeros setenta. Una poderosa ruptura generacional que llevó a millones de jóvenes acomodados a querer cambiar el mundo, incluso por medio de lo que eufemísticamente muchos denominaron lucha armada como forma de dar legitimidad a lo que no era más que irracional terrorismo. Y por supuesto que había mucho que cambiar, como demostraban, por ejemplo, el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos, o la lucha contra el ignominioso sistema del apartheid sudafricano. Pero como en toda propuesta de cambio, lo verdaderamente importante no es hablar de la necesi-

dad del cambio, sino concretar el camino y la meta a la que debe conducir ese cambio. Y vuelvo a utilizar la expresión curiosamente, porque los Sartre, Marcuse, Saramago o García Márquez que apuntaban las maldades del capitalismo, seguían ensalzando el mito colectivista mientras callaban cínicamente sobre el mundo de opresión, miseria y muerte que sufrían millones de personas bajo regímenes que habían prometido crear un hombre nuevo, y que en vez de ello, habían creado un atroz Gran Hermano orwelliano, o ese devastador archipiélago Gulag descrito con la furia de la impotencia de Alexander Solzhenitsyn. Muchos de los que querían cambiar ese mundo de la abundancia, tachado de alienante y deshumanizado, apelaban a nuevos y posibles sujetos revolucionarios. A nuevas referencias que no parecen hoy, como tampoco lo eran en su momento, muy estimulantes: el maoísmo que moldeó ideológicamente numerosas guerrillas latinoamericanas; el castrismo o el guevarismo, hoy convertido en un simple negocio de “merchandising”. Porque, como demuestran Joseph Heath y Andrew Potter, rebelarse vende⁵.

Frente al anterior pragmatismo de consenso, comenzaron a surgir infinidad de movimientos alternativos que cuestionaban los valores democráticos y denunciaban los valores típicos de la sociedad occidental, lo que provocó una crisis de identidad respecto del carácter pragmático y racional de la democracia al ser denostado como un sistema formal encubridor de estructuras supuestamente autoritarias. La crítica al materialismo capitalista y burgués se tradujo en un incremento de las expectativas revolucionarias y de los mitos movilizadores, junto a una revalorización de los movimientos llamados emancipadores de extrema izquierda y por el socialismo.

En definitiva, el Estado de Bienestar generó una fuerte percepción de seguridad entre la mayor parte de los ciudadanos de las sociedades más avanzadas del planeta. Pero también creó individuos crecientemente dependientes, y crecientemente convencidos de que el Estado estaba obligado a satisfacer cualquier demanda que se le pudiera hacer. Y, además, muchos creyeron que esas demandas podían ser infinitas, pues la capacidad financiera y moral del Estado para aceptarlas era también, supuestamente, infinita. Evidentemente no era así, como bien demostró la crisis de los años setenta. El reverso de la seguridad fue la desorbitada expansión de ese Estado, que por eso también puede denominarse con toda propiedad Estado interventor. Una intervención no limitada a los campos de la economía o de las relaciones laborales, sino que también amplió su

⁵ HAYEK, F. (2004) *Camino de Servidumbre*, Madrid, Alianza, (1944) O’CONNOR, J. (1981) *La crisis fiscal del Estado*, Barcelona, Península.

influencia hacia la esfera de privacidad y autonomía de las personas. Para muchos liberales que se habían visto relegados a la insignificancia intelectual, esa hipertrofia no indicaba más que el avance hacia ese camino de servidumbre denunciado por Friedrich Hayek. Para otros, como O'Connor, esa expansión continuada llevaba a una segura muerte de éxito, ya que cuando cambiara el ciclo de crecimiento económico, ese Estado elefantiásico sería, simplemente, imposible de financiar. Y el ciclo, efectivamente, cambió con la crisis del petróleo de 1973⁶.

La revisión del modelo: mercado y globalización

El fermento reivindicativo profundamente ideológico señalado no dejará ya de existir. Pero la profundidad de la crisis de los años setenta fue de tal calibre que obligó a apostar por una revisión del Estado del Bienestar. El elemento central de ese modelo había sido la idea de seguridad material de los ciudadanos, por lo que su reforma se orientó a preservarla en lo posible, pero dentro de un nuevo escenario de recursos limitados y de mayor protagonismo de la sociedad civil.

La crisis de los años setenta introdujo un significativo cambio de cultura política y económica. La idea de desarrollo permanente se rompió, igual que sucedió con el consenso político e ideológico existente en torno al Estado del Bienestar. En ningún país occidental se pretendió acabar con él, pero sí reformarlo para dotarlo de mayor eficiencia y racionalidad. Pero por debajo de esta reacomodación ideológica comenzaron a ser visibles dos procesos esenciales, incipientes todavía, pero que, en poco tiempo, se fueron convirtiendo en factores determinantes en la vida de las personas, y en la definición de sus visiones básicas del mundo.

El primero fue el desmoronamiento de las grandes construcciones teóricas y de los grandes relatos que pretendían ofrecer una visión articulada y coherente de una realidad percibida, cada vez más, como plural, heterogénea y compleja. Era el inicio de la de construcción posmoderna. El comienzo de una nueva valoración de la diferencia, de la alteridad y de la consideración "del otro". Pero, también, de la pérdida de valor de conceptos hasta entonces claves como certidumbre o verdad, que empezaron a ser sustituidos por los de relatividad y conformidad, nuevos referentes axiológicos de esta nueva edad posmoderna.

El segundo proceso que cabe señalar parte de la consideración de la increíble aceleración tecnológica acaecida en los campos de la microelectrónica y de las

⁶ HEATH, J. y POTTER, A. (2005) *Rebelarse vende. El negocio de la contracultura*, Madrid, Taurus.

telecomunicaciones. Esta revolución tecnológica se incorporó de forma casi fulminante a todos los procesos productivos y, lo más importante, a las experiencias vitales cotidianas de millones de personas. Las entonces llamadas nuevas tecnologías han determinado un cambio radical en la forma y estilo de vida de millones de personas. Han cambiado las pautas comunicativas de y entre los seres humanos. Y han transformado la consideración de dos conceptos esenciales en las cosmovisiones de la modernidad: las ideas de espacio y tiempo. Hasta hace apenas unas décadas, ambas significaban distancia y separación. Aspectos que remarcaban las condiciones de heterogeneidad de la sociedad internacional, y todo lo que éstas conllevan. Esto es, aspectos de diferencia y percepciones identitarias ancladas en marcos nacionales normalmente estatalizados y cerrados. Frente a esa concepción, la posmodernidad de comunicaciones instantáneas y presencias virtuales sincrónicas, reduce el espacio a la nada, y acaba con la importancia del factor tiempo. Ya no se precisa desplazarse a un sitio para estar presente en él. Basta con abrir un ordenador y conectarse con cualquiera, en no importa qué parte del mundo y en tiempo real. El espacio y el tiempo físicos coexisten con un espacio virtual y, también, con un tiempo virtual. Una nueva realidad virtual que comienza a convivir con la vieja realidad espacio-temporal, en una relación no siempre simétrica y coherente, ya que si la clásica imponía rotundas limitaciones a los seres humanos, las primeras parecen romper cualquier frontera. Esto es, permite que todos crean tener la posibilidad de intervenir en no importa qué ámbito, sin barreras aparentes, ya que se puede hacer de forma básicamente anónima. Esta nueva sociedad virtual invita, por tanto, a cualquier persona a definir su estatus social de forma virtual y a desempeñar los roles que quiera agregar a los mismos, por incoherentes que sean con sus estatus reales. Es mentira, sí, en buena parte de los casos. Pero no lo es en ese universo virtual que se puede construir y deconstruir casi a voluntad.

La tecnología, del mismo modo que es un elemento de transformación y cambio social, también es un factor más, y quizás fundamental, de competitividad. La tecnología estrecha el mundo y lo hace más interdependiente, pero no consigue por sí misma que la solidaridad avance entre sus miembros⁷. Al contrario, está provocando una diferenciación creciente no solo entre Estados, sino también entre individuos, ya que aquellos profesionales con alta formación están mucho mejor preparados para participar en este nuevo mundo globalizado, mientras que deja en desventaja a todos aquellos que no pueden adaptarse convenientemente a sus continuas exigencias y transformaciones. Las nuevas

⁷ MERLE, M. (1991) *Sociología de las relaciones internacionales*, Madrid, Alianza, p. 255.

tecnologías de la comunicación y de la información han permitido conexiones inmediatas y en masa por todo el planeta, con un evidente efecto movilizador de la dinámica política. El potencial comunicativo desborda con creces las barreras nacionales. La información, en efecto, se convierte en la era tecnológica actual en instrumento clave de poder dentro de las sociedades y entre los Estados.

¿Y que sucede con el problema de la seguridad subjetiva en este nuevo contexto de mercado y globalización?

La sustancia liberal de la revisión del Estado del Bienestar encontró su definitivo impulso con la llamada revolución conservadora encarnada simbólicamente por la británica Margaret Thatcher y por el presidente norteamericano Ronald Reagan. La célebre frase de la Dama de Hierro: “no hay tal cosa como la sociedad. Hay individuos, hombres y mujeres individuales, y también hay familias”, sintetizaba de forma contundente los aspectos esenciales de esta renovación ideológica, que llegó con evidente intención de quedarse y de asumir carácter hegemónico. La idea clave de esta clásica perspectiva liberal-conservadora era que el Estado debía ceder al mercado la iniciativa a la hora de encontrar el mejor camino para asegurar la máxima prosperidad. Por eso, el liberalismo se apropió del concepto de progreso para consolidarse como fundamento ideológico de una nueva etapa que superara los clichés de esa modernidad demasiado anclada en el protagonismo del Estado frente y sobre el individuo y la sociedad. Sin embargo, reducción y redefinición del Estado no significaron nunca en la práctica llegar a ningún Estado mínimo, utopía que todavía proclama algún que otro liberal libertario como Robert Nozick⁸. No, la base esencial del nuevo programa liberal fue implementar políticas no coercitivas. Es decir, políticas que aminoraran las fuertes ataduras y las rigideces impuestas por el Estado interventor, a fin de introducir suficiente flexibilidad para no ahogar la competitividad económica, bajo el convencimiento de que el mercado era el mejor y más racional mecanismo de asignación de recursos.

Este liberalismo renovado triunfó porque realmente tuvo éxito. Es decir, frente a la ineficiencia de las soluciones de base keynesiana, las políticas liberales, o neoliberales como fueron desde entonces descalificadas por sus enemigos⁹, se

⁸ NOZICK, R. (1988) *Anarquía, Estado y utopía*, México, Fondo de Cultura Económica.

⁹ Así lo constatan cuantitativamente BOAS, T. C. y GANS-MORSE, J. (2009) “Neoliberalism: From New Liberal Philosophy to Anti-Liberal Slogan”. *Studies in Comparative International Development*, vol. 44-2, pp 137-161 DOI:10.1007/s12116-009-9040-5. Entre esa producción profundamente ideologizada y, a menudo, claramente dogmática. Por ejemplo, AMIN, S. (1999) *El capitalismo en la era de la globalización*, Barcelona, Paidós; DUMONT, R. (1988) *Un monde intolérable. Le libéralisme en question*, París, Éditions du Seuil; ENGELHARD, P. (1996) *L’homme mondial. Les sociétés humaines peuvent-elles survivre*, París, Arléa; LAFONTAINE, O.; MÜLER, C. (1998) *No hay que tener miedo a la globalización. Bienestar y trabajo para todos*. Madrid, Biblioteca Nueva;

expandieron por todo el mundo porque estimularon el crecimiento económico. La mejor prueba de ello fue la obligada reconversión de la socialdemocracia europea que ejemplificó, sobre todo, la llamada tercera vía británica, políticamente representada por el laborista Tony Blair, e ideológicamente definida por Anthony Giddens¹⁰. El problema no previsto es que esta reconversión socialdemócrata le hizo perder su condición de alternativa real a las políticas de los partidos liberal-conservadores, lo que viene empujado a millones de personas ideológicamente ubicadas en posiciones de izquierda a considerar que había que buscar otras alternativas en la radicalidad. Incluso en esa que vivía en los márgenes e, incluso directamente fuera de los pactos tácitos de las democracias liberales. Esta situación abrió de nuevo una ventana de oportunidad a los viejos partidos comunistas. Pero para abrirla, aunque solo fuera de manera incompleta, tuvieron que asumir un proceso de adecuación retórica e incluso estética a esa nueva sociedad 2.0 emergente. El poscomunismo llamaba a la puerta, pero reconvertido en catalizador de nuevos movimientos sociales, nuevas demandas colectivas y nuevas radicalidades. Esto es, nuevos y variados ismos: feminismos, ecologismos y, también, populismos.

El liberalismo y la economía de mercado triunfaron porque, efectivamente, permitieron a la mayor parte de los países occidentales superar la crisis de los años setenta. Pero también lo hicieron por ser los ejes de un proceso de cambio, invisible por entonces, pero decisivo para comprender el mundo actual: el giro del centro de la geoeconomía mundial desde el Atlántico al Pacífico. En 1868, una potencia asiática como Japón había protagonizado un proceso de cambio estructural tan intenso y profundo que transformó radicalmente el mundo. Fue la llamada Revolución Meiji. Más de un siglo después, otro país asiático está protagonizando un cambio estructural de similar, e incluso superior, magnitud: China.

En los años sesenta y setenta el maoísmo se había convertido en modelo inspirador de muchos movimientos guerrilleros latinoamericanos, asiáticos, e incluso de algún que otro país del Sur de Europa, que vieron en el comunismo agrario y ruralista chino un ejemplo ideal para la estructura económica de los países del Tercer Mundo. Pero ese supuesto modelo era, indudablemente, un modelo en negro. Porque, lo que el maoísmo creó en realidad fue un país extre-

MARTIN, H. P., SCHUMANN, H. (1998) *La trampa de la globalización. El ataque contra la democracia y el bienestar*. Madrid, Taurus.

¹⁰ GIDDENS, A. (1999) *La Tercera Vía. La renovación de la socialdemocracia*. Madrid, Taurus. ID. *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*. Madrid, Cátedra, 1996.

madamente pobre y sometido a una eterna purga ideológica que había llevado a millones de personas a la muerte. Mao desapareció en 1976 y en diciembre de 1978 Deng-Xiao-Ping se hizo con el poder, dando paso a un programa de reformas de extraordinaria intensidad. Lo verdaderamente relevante de ellas fue el reconocimiento implícito de que el único camino posible para el desarrollo era acabar con el comunismo e introducir nuevas fórmulas de economía de mercado. China inauguró una extraña fórmula de totalitarismo político y capitalismo económico que, por muy contradictorio que pueda parecer, ha permitido al país convertirse en la segunda economía del mundo por producto interior bruto, lo que a su vez ha generado un proceso de cambio social tan intenso que ha creado una nueva estructura social de clases medias y de amplio consumo. Por supuesto que el desarrollo chino adolece de muchos defectos: es extremadamente desigual, es catastrófico en términos medioambientales y sigue legitimando una estructura de poder dictatorial y de persecución de los más elementales derechos humanos. Pero también ha asentado un modelo de desarrollo seguido por otros países de la zona como India o Vietnam, que pasa, irreversiblemente, por la vía de la economía de mercado. Es decir, por la inserción en la globalización.

Teniendo en cuenta que China, junto con India y Vietnam, suman una población aproximada de 2.700.000.000 de personas, se puede concluir que la gran paradoja o contradicción de la globalización es que ha creado muchos ganadores, pero también bastantes perdedores. Lo verdaderamente sorprendente es que, al contrario de lo que afirmaban sus más encarnizados enemigos ideológicos, la globalización ha beneficiado a quienes han maximizado sus condiciones de inserción en ese proceso, y ha perjudicado a aquéllos que no han sido capaces de incorporarse a su dinámica de expansión, o a esos otros que se han mostrado menos competitivos en un escenario de competencia global generalizado. Lo mismo ha ocurrido en el interior de las diferentes sociedades. Si en las menos desarrolladas la globalización ha generado sólidos procesos de movilidad social ascendente, que han permitido a decenas de millones de personas transitar desde posiciones sociales bajas a alcanzar estatus de clase media, en las sociedades desarrolladas el proceso ha sido en muchos casos inverso. Es decir, esos estratos sociales que en los años sesenta y setenta habían alcanzado un estatus social medio, con buenas posibilidades de consumo, se ven hoy en un acelerado proceso de movilidad social descendente.

La globalización: ganadores previsibles y perdedores insospechados

Los procesos históricos de cambio asociados a fuertes aceleraciones tecnológicas, siempre han generado ganadores y perdedores. Es lo que Joseph Shumpeter denominó la destrucción creativa del capitalismo, aludiendo con ese concepto al proceso por el cual las innovaciones tecnológicas generan la rápida obsolescencia de las formas de producción más tradicionales lo que provoca, a su vez, el ocaso de un alto número de empresas que no son capaces de ser eficientes en comparación con las empresas innovadoras e, incluso, la desaparición de determinados sectores productivos cuya demanda decae en favor de los nuevos productos. A corto plazo, ese proceso de cambio destruye modelos de negocio, lleva a la quiebra a numerosas empresas tradicionales, y, en consecuencia, expulsa del mercado de trabajo a un número importante de trabajadores. Sin embargo, Shumpeter incidía en la rápida generación de una dinámica creadora. Esto es, en su opinión, la innovación tecnológica estimula muy rápidamente la creación de nuevas empresas mucho más productivas, crea nuevas demandas y nuevos nichos de empleo que a medio y largo plazo no solo absorben el desempleo producido con anterioridad, sino que crea mucho más empleo, y lo remunera mucho mejor. Dicho de otro modo, la innovación tecnológica y su aplicación a los procesos productivos crean un inicial estado de inseguridad que rápidamente es superado mediante un proceso de adaptación a las nuevas formas de producir y a los nuevos sectores económicos creados. Shumpeter describía incluso al nuevo héroe de este capitalismo creador: el emprendedor innovador. Esa persona vital y arriesgada, e inasequible al fracaso, que se movía por una ambición irrefrenable por construir un imperio económico¹¹.

El optimismo de Shumpeter contrasta con el pesimismo mostrado por Jeremy Rifkin medio siglo después. En su obra, de impactante título: *El fin del trabajo*, Rifkin parte de la idea de que las nuevas tecnologías de la globalización cumplen sin duda la función destructiva señalada por Shumpeter, pero es claramente escéptico en lo relativo a la función creadora. Considera que la revolución tecnológica está creando un desempleo estructural, entendiendo por tal tanto el infraempleo como la ausencia de empleo, que no es posible de remediar, y cuya consecuencia esencial es una polarización social permanente. A un lado, una nueva élite global, caracterizada por una alta formación, con amplia capacidad de comunicación global, es decir, que habla inglés, y con buenas posibilidades

¹¹ SHUMPETER, J. A. (2015) *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona, Página Indómita, (1942).

de adaptación a una evolución tecnológica permanente. Es la élite llamada a gestionar en la práctica esa economía global y que intenta, además, extender su dominio a otras esferas de poder social, político e institucional. Al otro, una amplia masa de trabajadores con formación limitada, sin capacidad suficiente de adaptación tecnológica ni de comunicación global, y cuyas perspectivas de futuro son, evidentemente, bastante pobres pues, independientemente de su esfuerzo personal, los puestos de trabajo a los que puede acceder son escasos y de salarios muy bajos¹².

Rifkin no se limita a describir, sino que años después quiso prescribir. Ya en plena crisis económica, encuentra una fácil y simplista salida a esa dualidad: que los Estados apuesten por un nuevo concepto de trabajo incardinado a lo que llama la tercera revolución industrial. Esto es, una nueva economía asentada en pequeñas empresas gestionadas desde internet, orientadas hacia las energías y transportes verdes y al cambio climático¹³. La descripción no solamente era mucho mejor que la descripción, sino que ésta parece invertir las preocupaciones de aquella, al orientarse más hacia las posibilidades de esa élite que describe que a la masa en situación precaria que supuestamente tanto le preocupaba.

Lo interesante de Rifkin no es su sagacidad prescriptiva, sino que consiguió popularizar todavía más la identificación de las sociedades occidentales actuales con la idea de sociedad insegura para millones de personas. Una idea cuyo mejor exponente es, sin duda, Ulrich Beck. En su obra fundamental llamada, precisamente, *La sociedad del riesgo*¹⁴, parte del supuesto de que la inseguridad y la desigualdad habían estado históricamente concentradas en estructuras de clase más o menos homogéneas. Sin embargo, las sociedades actuales han roto esas fronteras pues la globalización y la revolución tecnológica han incidido en unos procesos ya existentes de individualización y de fragmentación familiar y social que, a su vez, han expandido esa percepción de inseguridad por personas y grupos que nunca pudieron imaginar que la podrían sufrir. El riesgo, según Beck, se ha “democratizado”, y se ha hecho imprevisible, pues personas o colectivos que en un momento dado podían disfrutar de unos niveles de vida apreciables, de forma rápida e inesperada pueden pasar a la categoría de sujetos frágiles.

¹² RIFKIN, J. (2004) *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*. Barcelona, Paidós.

¹³ RIFKIN, J. (2011) *La Tercera revolución industrial*, Barcelona, Paidós.

¹⁴ BECK, U. (2006) *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós.

Beck no desconoce que, por supuesto, las condiciones previas de partida siguen condicionando fundamentalmente las oportunidades. Esto es, que las condiciones de pobreza o de riqueza tienen una cierta dinámica de reproducción, pero pone de manifiesto como este proceso no es ya tan automático en el caso de las clases adineradas o entre las clases medias. En su opinión es visible una segunda modernidad, que precisa una nueva forma de ver y entender el mundo, pues instituciones básicas en la construcción de la primera modernidad como la familia, el trabajo o los estilos de vida, se habían transformado de manera radical.

A mi modo de ver, la característica esencial de esta segunda modernidad en palabras de Beck, o posmodernidad, no es en absoluto que carezca de una racionalidad propia, sino que como señala el sociólogo alemán, ésta se define en razón de una nueva lógica sustentada en los conceptos de riesgo, de precariedad y de incertidumbre. En unos casos, provocados por una forma de relaciones sociales basadas en la individualidad sin lazos, que igual que construye cierto tipo de relaciones de manera más abierta, también genera relaciones mucho más superficiales, livianas e inconsistentes. En otros, porque la función integradora y estructuradora que anteriormente tenía el trabajo ya no es tal para millones de personas. Al contrario, la existencia de cada vez más trabajadores aparentemente superfluos o innecesarios choca radicalmente con esas funciones asociadas tradicionalmente al concepto de trabajo. Millones de personas sin posibilidad de insertarse en el mercado laboral en condiciones de suficiencia y dignidad rompen los principios básicos de cohesión social y de construcción comunitaria inclusiva que sirvieron de base para la construcción del viejo Estado del Bienestar.

La crisis económica y financiera iniciada en 2007 no ha hecho más que hipertrofiar esta realidad. La crisis ha roto en buena medida los tradicionales pactos sociales que daban estabilidad a las sociedades occidentales. Recuérdese que ese Estado de Bienestar o de seguridad material había sido, en realidad, la confluencia necesaria y positiva entre las ideas de orden y de igualdad que lideraron, esencial y respectivamente, la democracia cristiana y los socialdemócratas. En las sociedades occidentales actuales, la ruptura parcial del pacto social está personificada por esos millones de personas “superfluas” que parecen no tener un destino, ni un futuro más allá de la precariedad permanente¹⁵. Por ello, no es extraño que sus opciones políticas hayan virado hacia propuestas de radica-

¹⁵ Para Bauman, una consecuencia inevitable de la modernización globalizadora, ya que su carácter fragmentado expulsa a numerosas personas de su camino. BAUMAN, Z. (2005) *Vidas desperdiciadas: la modernidad y sus parias*, Barcelona, Paidós.

lidad. En unos casos, la expresión de esa incertidumbre, y la propia percepción de vulnerabilidad, se han catalizado a través de una exacerbación identitaria y de miedo al otro, al inmigrante. En otros, lo ha hecho a través de una nueva conciencia de irrefrenable odio de clase. Un absurdo deseo de revancha social que busca mitigar un agudo sentimiento personal y colectivo de frustración.

Pienso que el problema del concepto de sociedad del riesgo, y específicamente del concepto de riesgo, es que no aborda el problema de la imaginación sociológica. Es decir, la relación que el individuo establece entre su experiencia personal y el contexto. O dicho de forma mucho más sencilla, la tendencia de los individuos a considerar que sus conocimientos y experiencias personales son categorías reales que le permiten comprender el mundo. La consecuencia directa de esta idea es la dificultad para percibir que el concepto de riesgo tiene dos componentes esenciales que conviene diferenciar. Por una parte, tiene un carácter básicamente objetivo basado en situaciones vitales de vulnerabilidad fácilmente mensurables. Por otra, el riesgo adquiere una dimensión puramente subjetiva, basada en una percepción que puede o no corresponderse con la realidad. Ello no le resta importancia, ya que las percepciones son para millones de individuos certezas a las que ajustan sus comportamientos y sus visiones ideológicas. Esta misma crítica cabe hacer al más que famoso concepto de liquidez defendido por Zygmunt Bauman¹⁶.

Bauman en realidad no aportó mucho a lo ya señalado, por ejemplo, por Beck, a no ser que entendamos como tal la popularización definitiva de la visión de las sociedades occidentales actuales como sociedades de riesgo o sociedades líquidas. En realidad, el concepto de líquido es bastante simple: el mundo de antes era más estable, pues sus conceptos esenciales estaban muy claramente definidos, y generaban la posibilidad real de construir la vida no solo sobre el presente inmediato, sino proyectarla hacia un futuro fácilmente imaginable por predecible. Es decir, el matrimonio, por ejemplo, se imaginaba como algo “para toda la vida”, aunque realmente no lo fuera. El trabajo también, pues los cambios frecuentemente quedaban en manos de los propios trabajadores debido a la rigidez protectora de las distintas legislaciones laborales. Esta construcción vital orientada a un futuro ideal de seguridad se enmarcaba en una sociedad que avanzaba material pero no apresuradamente, por lo que no desvanecía drásticamente esos proyectos de futuro. Frente a esa solidez, la actualidad se caracteriza por el presentismo y la imposibilidad de construir planes de vida orientados al futuro, pues las personas son cada vez menos dueñas de su propio

¹⁶ BAUMAN, Z. (2007) *Tiempos líquidos. Vivir una época de incertidumbre*. Barcelona, Tusquets.

destino. Por eso no es extraño que un representante de ese mundo sólido como Eric Hobsbawm observe que las generaciones actuales crecen en una suerte de presente permanente y continuo sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en el que viven, experimentando una verdadera pérdida de conciencia histórica¹⁷.

La idea recurrente en esos años cincuenta y, sobre todo, sesenta era que el presente era previsible, aprehensible y optimista; hoy el presente parece sin embargo, precario y provisional. La ausencia de un proyecto previsible de futuro hace que necesitemos añadir emoción al presente, asumiendo que el cambio permanente es algo atractivo y deseable. Y por definición, todo lo que fluye de forma rápida nace, crece y decae de forma igualmente veloz. Para unos, ese vértigo confiere atractivo a la vida, para otros, resulta, simplemente, una situación agotadora de permanente incertidumbre.

Bajo el concepto de líquido se puede percibir una realidad más de fondo. La modernidad tuvo como centro de su configuración ideológica la idea de que los seres humanos dominaban el mundo, de que lo podían administrar a su antojo e incluso rediseñar a su conveniencia. Por eso era imprescindible construir instituciones fuertes y sólidas, amparándolas en un universo de ideas también edificado para durar lo más posible, y en una materialidad también fuerte, que permitiera a las personas construir sus vidas desde un escenario de seguridad. La posmodernidad, sin embargo, es todo lo contrario. Nos aburre todo lo que no es efímero. Calificar algo como definitivo nos parece inadecuado, y todo lo que no se haga a extrema velocidad nos parece soporífero. Sabemos que las cosas pueden cambiar de forma inesperada y aplicamos esa idea de efímero a todo, incluyendo las relaciones personales y la evaluación que hacemos de nosotros mismos y de nuestros planes de vida.

La idea de liquidez es una consecuencia directa de la ideología y de la realidad del proceso de la globalización. Los discursos políticos y económicos, es decir, los discursos ideológicos globalizadores se han llenado de expresiones como flexibilidad, adecuación al cambio inevitable, formación permanente, competitividad, liderazgo, etc. Expresiones todas ellas que refuerzan la percepción de inseguridad, porque mientras el cambio es para unos, esa élite globalizada, un aliciente, para otros, para quienes no consiguen acoplarse a su dinámica de avance, se traduce en un miedo permanente a perder sin previo aviso los logros conseguidos a lo largo de toda una vida de trabajo.

¹⁷ HOBBSAWM, E. (1995) *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, pp. 13 y 57-60.

De nuevo la idea de polarización. De incluidos y excluidos reales o “de verdad”, y de aquellos que sin serlo se autoconsideran simbólicamente excluidos de esta nueva sociedad globalizada. Categoría en la que se incluyen esas antiguas clases medias que habían experimentado un proceso de movilidad social ascendente y hoy lo protagonizan en sentido contrario. La fragmentación de las sociedades tiene su reflejo en una sociedad internacional presidida por una idea equivalente a la de incertidumbre: turbulencia. Nunca el mundo había avanzado tanto hacia la interdependencia, pero tampoco nunca los distintos Estados habían experimentado un sentimiento de vulnerabilidad tan acusado. La globalización ha avanzado sin definir sus formas de manera definitiva. Ha transformado paradigmas, estructuras y ha impactado extraordinariamente sobre las políticas públicas, sobre el trabajo y los procesos productivos, incluso ha condicionado la vida y las expectativas de millones de personas. Pero todavía no ha creado un mundo aprehensible en su conjunto. Las grandes teorías no sirven porque esa sociedad se ha hecho extraordinariamente fluida, dinámica y cambiante. Pero sobre todo, millones de personas la perciben como claramente insegura.

Sin embargo, esa percepción generalizada de vulnerabilidad esconde algo incontestable: nunca el mundo en su globalidad había gozado de mayores cotas de bienestar como en la actualidad. En otros términos, la economía mundial nunca ha sido más rica e integrada como la de ahora. Tampoco en ningún otro momento de la historia esa riqueza se había repartido más y mejor entre todos los habitantes del planeta. Y nunca los niveles de pobreza extrema, de mortalidad infantil o de analfabetismo habían alcanzado cifras tan bajas. Es decir, la globalización no ha conseguido acabar con la pobreza en el mundo, pero sí la ha reducido de forma muy significativa¹⁸. Evidentemente, sigue habiendo inmensas bolsas de pobreza. Pero en contra de lo que ese movimiento antiglobalización de finales de los noventa y primer lustro del 2000 aseveraba, la globalización ha repartido razonablemente la riqueza y ha permitido oportunidades a países e individuos que nunca hubieran emergido en otras condiciones, o en otros tiempos.

La globalización ha sido un éxito en términos globales, pero no lo ha sido si consideramos otras escalas más próximas a la vida cotidiana de las personas. Porque es difícil explicar a un trabajador de las zonas desindustrializadas del

¹⁸ HUGHES, B. B. (1993) *International Futures. Choices in the Creation of a New World Order*. Boulder, Westview Press, pp. 42 y ss. La globalización vista como un nuevo escenario de expansión de oportunidades en BHAGWATI, J. N. (2004) *In defense of globalization*. Oxford, University Press, Oxford, University Press. Es interesante contrastarlo con SACH, J. (2005) *El fin de la pobreza: cómo conseguirlo en nuestro tiempo*. Madrid, Debate.

Reino Unido, de Estados Unidos o de la Europa continental, que la riqueza de la que antes disfrutaban se ha distribuido hoy entre millones de trabajadores indios, chinos o mexicanos. Lo que esos trabajadores estadounidenses o europeos perciben es que ellos son los nuevos perdedores. Que ahora son ellos los que no pueden competir ventajosamente en un espacio global cada vez más integrado y competitivo, y que el Estado ya no puede ofrecerles esas condiciones de seguridad que anteriormente les daba¹⁹.

En definitiva, como ha señalado Robert Gilpin, el ciclo de destrucción creadora el capitalismo constituye una seria amenaza a las instituciones, creencias y valores sociales tradicionales²⁰. Es decir, genera altas dosis de inseguridad mientras el proceso de creación no se complete. Además, el capitalismo suele estar acompañado de periódicas crisis, recesiones y desaceleraciones que pueden perjudicar durante varios años a mucha gente. Y aunque sea el sistema con mayor éxito en la creación de riqueza y en beneficiar al mayor número de gente, tiende también a recompensar a quienes son más eficientes y productivos y a generar una concentración de la riqueza y el poder. En definitiva, el viejo sueño liberal de un mercado global dinámico y cambiante por efecto de la tecnología tiene que asumir que esa dinámica de desarrollo crea muchos ganadores pero, también, por lo menos a corto y medio plazo, bastantes perdedores.

La respuesta de la frustración: las salidas de radicalidad

La democracia es una vía racional para solucionar los problemas de convivencia social. La democracia no es solo una forma de legitimar el poder al expresar el libre consentimiento de los ciudadanos, sino que es también la única fórmula de gobierno que permite crear espacios de preservación y promoción de los derechos humanos. Es, en definitiva, un instrumento para la renovación del poder sin acudir a la violencia. La democracia permite la alternancia, pero no puede garantizar que los gobiernos elegidos actúen de forma adecuada. La democracia ofrece la posibilidad de buen gobierno, pero no hace que los gobiernos sean necesariamente buenos. La democracia es una condición de legitimidad, no de eficacia ni de eficiencia.

La legitimidad de la democracia se basa en un consenso social básico acerca de lo que los poderes públicos deben de hacer conforme a los procedimientos

¹⁹ STICHWEH, R. (1998) "Insertion/Exclusion et la théorie de la société mondialisée. *Sociétés. Revue des Sciences Humaines et Sociales*. De Boeck Université, nº. 61, pp. 53-63.

²⁰ GILPIN, R. (1981) *War & Change in World Politics*. Cambridge, Cambridge University Press, ID, *The Political Economy of International Relations*. Princeton, Princeton University Press, 1987.

reglados, y los fines a los que deben de orientarse en beneficio de los ciudadanos. Ese es el sentido de los textos constitucionales. El problema es que la globalización ha introducido una lógica de ruptura en ese Estado democrático que hasta ahora funcionaba como una comunidad política autorregulada, y que parecía en condiciones de poder dar respuesta a todos los problemas a los que se enfrentaba cada sociedad.

La democracia, y la libertad que conlleva, no ha perdido valor, pero sí ha sido sometida a creciente impugnación por su aparente incapacidad para garantizar el buen gobierno, para asegurar niveles de vida básicos a todos sus ciudadanos, o para gestionar de manera eficiente los crecientes flujos migratorios que pasan por encima de las fronteras del Estado. Si la democracia fue en las décadas de la globalización un ideal universalizable²¹, hoy se habla de su fracaso, bajo la recurrente crítica de que no existe una verdadera democracia y de que es necesario reconstruirla²².

La posmodernidad ha hecho que la democracia se piense en forma de pos-democracia. Es decir, un intento de construir una nueva democracia basada en apelaciones permanentes al pueblo, que rompa con las supuestas ataduras elitistas que se le achacan. Es el eterno retorno a la idea de la verdadera democracia. Aunque, más bien, parece la traslación a la esfera política de la frustración de esa parte no globalizada de las sociedades occidentales actuales, porque su gran reivindicación, en el fondo, no es más que las también antiguas demandas de seguridad y protección. La expresión política y social de la existencia de esta significativa masa insatisfecha es que ha dejado de conceder valor de representación a las instituciones tradicionales que actuaban en el espacio público. Igual que ha dejado de otorgar credibilidad a los medios de comunicación tradicionales en su función de intermediarios entre los ciudadanos y el poder político. Las nuevas formas comunicativas han personalizado la capacidad de intervención

²¹ Naciones Unidas definió la democratización como un proceso conducente a una sociedad más abierta y participativa y menos autoritaria. Aunque admitía la excepción cultural para admitir diversas formas posibles de democracia, señalaba que la democracia puede y debe ser asimilada por todas las culturas del mundo. Por eso hablaba de la necesidad de establecer un consenso sobre una idea mínima de democracia como un medio de conciliación capaz de aglutinar las diversas opiniones y el respeto de los derechos de las minorías. NACIONES UNIDAS: *Un agenda pour la démocratisation. Appui du système des Nations Unies aux efforts déployés par les Gouvernements pour promouvoir et consolider les démocraties nouvelles ou rétablies.* A/5/761, 17 de enero de 1997.

²² Una de las últimas críticas a la democracia apela a la necesidad de aplicar una supuesta racionalidad a las formas de democracia electoral, bajo la argumentación de que las elecciones dividen a la sociedad y dan pie a tomar decisiones frecuentemente irracionales. La solución sería que solamente participara en las elecciones un grupo de ciudadanos elegidos por azar, que se informarían debidamente de las decisiones a tomar, y lo harían en representación de toda la sociedad en su conjunto. Pero más que una solución, parece un voluntarismo con cierta dimensión elitista implícita. REYBROUCK, D. V. (2017) *Contra las elecciones*. Madrid, Taurus.

en un nuevo espacio público inclusivo que no establece jerarquías ni reconoce estatus de autoridad a sus participantes. El nuevo mundo de las redes sociales democratiza la participación dialogada en el espacio público, pero también permite aflorar y proyectar profundos sentimientos de frustración que anteriormente solo alcanzaban un espacio puramente individual o socialmente muy limitado. Hoy, sin embargo, pueden alcanzar amplia relevancia social y política en sentido amplio.

La crisis de la democracia liberal representativa es real. De ahí la necesidad de que no se quede en meros contornos formales, sino que profundice en sus contenidos participativos, económicos y sociales, estableciendo fórmulas factibles de convivencia y de no exclusión. En otros términos, la democracia no marca un fin de la historia; es decir, un punto final al desarrollo ideológico-político de la humanidad²³, sino que desde la democracia liberal es posible avanzar hacia fórmulas más amplias y profundas de convivencia, de mayor participación y responsabilidad de los ciudadanos, de mayores niveles de solidaridad y comprensión, de más amplio contenido social y de derecho²⁴. Como señala Fareed Zakaria, el núcleo sustantivo de la democracia es la libertad, pues sin ella la democracia es un mero cascarón vacío que corre el peligro de volverse inservible²⁵. De ahí la necesidad de leer la democracia no como la aceptación de unos meros instrumentos formales, sino como un compromiso de convivencia basado en la participación, la solidaridad y el bien común. Y esta exigencia de democracia en la esfera estatal lleva implícita una demanda de mayor democracia dentro de la sociedad internacional. Una nueva visión que permita repensar el concepto de pacto social tanto desde una dimensión social interna como desde una perspectiva internacional.

La crítica más recurrente a esta supuesta apropiación de la democracia es la repetida advertencia de que ha sido secuestrada por una élite que la gestiona en su exclusivo beneficio. No es nada original, pero sí es una construcción ideológi-

²³ Una visión crítica de este concepto de democracia como punto final de la historia, en la que se pone de manifiesto la desilusión colectiva acerca de un futuro cercano de democracia global en CAROTHERS, T. (1997) "Democracy Without Illusions". *Foreign Affairs*. vol. 76, nº. 1. pp. 85-99. Ray analiza la idea de la democracia como garantía de paz mundial, concluyendo que si bien es cierto que la democracia mejora las posibilidades de la paz, no la asegura de forma mecánica. RAY, J. L. (1995) *Democracy and International Conflict. An Evaluation of the Democratic Peace Proposition*. Columbia, University of South Carolina Press. En este mismo sentido, ELMAN, M. F. "Testing the Democratic Peace Theory". en ELMAN, M. F. (ed) (1997) *Paths to Peace. Is Democracy the Answer?* Cambridge/Londres, The Mit Press, pp. 473-506.

²⁴ Concepto de democracia como proceso que la percibe tanto como un ideal como a una realidad. DAHL, R. (1999) *La democracia. Una guía para los ciudadanos*. Madrid, Taurus. SANTOS, B. de S. (2005) *Democratizing democracy: beyond the liberal democratic canon*. Nueva York, Verso.

²⁵ ZAKARIA, F. (2003) *El futuro de la libertad: las democracias "iliberales" en el mundo*. Barcelona, Taurus.

ca eficaz, reactualizada por los economistas Daron Acemoglu y James Robinson bajo el periodístico titular de élites extractivas. Con este concepto aluden a esas élites que se apartan del bien común y dedican su acción a asegurar su propio bienestar y del grupo del cual son, y se sienten partícipes. Estas élites establecen un sistema de apropiación de rentas para su exclusivo beneficio, actuando conforme a un sistema moral extremadamente laxo, con frecuencia rayano en la ilegalidad. ¿Y quiénes integran estas élites? Pues aquellos que concentran el poder político, económico, financiero, mediático e, incluso, intelectual. Es decir, lo que tradicionalmente se conocía como el “establishment”²⁶.

Acemoglu y Robinson reescriben elegantemente los viejos postulados de la teoría de la dependencia, y no añaden mucho a lo que el francés Alain Minc llamó el regreso a la Edad Media, para aludir a la existencia de cada vez más zonas grises entre lo público y lo privado, entre la legalidad y la ilegalidad²⁷. Pero sí han proporcionado cobertura intelectual a quienes se han autoerigido como expresión del pueblo verdadero frente a ese “establishment” que sigue su propia lógica, de acuerdo, únicamente, a sus propios intereses y a sus propias formas de ver y comprender el mundo, que, además, defienden como las únicas posibles y como las únicas realmente legítimas.

En realidad, la idea de élite extractiva no es más que otra forma de ver esa polarización social ya señalada por Beck o Bauman, pues esa élite extractiva coincide con las clases globalizadas que en los países desarrollados se aprovechan al máximo de la dinámica de desarrollo de la globalización. Es decir, son los sujetos activos de la globalización que se hayan enfrentados a unas clases medias y bajas que son meros objetos pasivos que soportan inermes los perjuicios de la misma. En un contexto presidido por una implacable crisis económica, es fácil achacar a esas élites toda la responsabilidad de la misma, y dirigir contra ellos y sus ideas toda la furia de la frustración de quienes se han visto desplazados y son incapaces de competir en una sociedad descrita como darwinista.

El fruto de esta crisis percibida es el auge de los radicalismos que utilizan el populismo como estrategia comunicativa y política. E insisto en el concepto de percepción, pues muchos de quienes se presentan como defensores de esos perdedores de la globalización son, curiosamente, personas perfectamente integra-

²⁶ La obra de Acemoglu y Robinson resalta la importancia de los aspectos institucionales y de las instituciones políticas ya que son las que determinan el buen o mal funcionamiento de las reglas económicas. ACEMOGLU, D. y ROBINSON, J. A. (2012) *Por qué fracasan los países: Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*. Barcelona, Deusto, p. 60.

²⁷ MINC, A. (1994) *La nueva Edad Media. El gran vacío ideológico*. Madrid, Alianza.

das en las clases ganadoras. Pero el concepto de populismo se ha desvirtuado notablemente, hasta convertirse en una simple denominación genérica utilizada para calificar movimientos, procesos y partidos enormemente diferentes, aunque todos ellos coinciden en la imposición de una forma narrativa de ruptura, en un discurso y una estrategia políticas dirigidas a captar el voto de esos ciudadanos frustrados que sufren mayoritariamente las consecuencias de una globalización que consideran que no les proporciona las recompensas que merecen.

La radicalidad identitaria

La idea del interés común ha tendido históricamente a cerrarse dentro del ámbito territorial delimitado por el Estado, remarcada por una visión de la frontera entendida como separación. De hecho, el Estado no es una mera construcción jurídica de carácter formal, sino que históricamente ha sido el espacio definido y cerrado de una comunidad nacional regida por un criterio moral de preferencia y solidaridad entre sus miembros. Por eso el Estado ha sido material y simbólicamente tan potente, pues aglutina en su seno criterios básicos de poder, de identidad y de reconocimiento mutuo. Por tanto, el concepto de identidad ha tenido históricamente una definición estatalizada, esto es, reducida al ámbito de una comunidad limitada y de reciprocidad²⁸, en la que los ciudadanos parten de la idea de que a pesar de sus diferencias, todos ellos forman parte de una comunidad que genera derechos y crea obligaciones entre sus miembros²⁹.

El nacionalismo entendido como sentimiento de identidad colectiva y pertenencia social, que genera lazos de solidaridad material e inmaterial o afectiva entre sus miembros, es un valor universal mucho más potente que las proclamas internacionalistas que han intentado encontrar nuevos lazos identitarios y de solidaridad transnacionales. Desde la aparición del moderno concepto de nación tras la Revolución Francesa, ese nacionalismo estimulado por el Estado se propuso crear una conciencia, una solidaridad y una identidad nacionales como factores esenciales a través de los cuales asegurar la lealtad de los ciudadanos hacia ese Estado. En unos casos, como ejemplifican Francia o Portugal, esa construcción identitaria ha sido muy exitosa. En el primer caso, porque los instrumentos materiales de nacionalización como la educación demostraron una enorme fortaleza para crear potentes lazos de reconocimiento y pertenencia de los ciudadanos al Estado. Aunque la consecuencia de ello haya sido un

²⁸ SINGER, P. (2003) *Un solo mundo La ética de la globalización*. Barcelona, Paidós, p. 181.

²⁹ Continúa siendo referencia obligada ANDERSON, B. (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica.

proceso de reforzamiento radical de las estructuras del Estado, y su incidencia en amplios ámbitos considerados hasta ese momento propios de la vida de los individuos. En el segundo, porque los instrumentos simbólicos, emocionales y afectivos fueron tan fuertes que consiguieron sobreponerse a un Estado de capacidades materiales mucho más limitadas. La creación, en este caso, de un enemigo exterior utilizado como elemento de defensa de la nacionalidad y como instrumento de cohesión interna, se combinó con una tarea nacional también homogeneizadora como fue la construcción imperial. La consecuencia de ambos procesos fue la construcción de un sentimiento y una conciencia nacionales extraordinariamente fuertes. En otros casos como el español, el proceso de construcción de esa identidad y de esa conciencia nacionales ha sido mucho más débil, ya que ese proceso homogeneizador se entrecruzó con lealtades y solidaridades más localizadas y contrapuestas a ellas³⁰.

Esta base identitaria ha convertido a los Estados en poderosos agentes generadores de una cultura nacional que pretendía resaltar sus rasgos diferenciadores respecto de otras culturas nacionales³¹. Por tanto, los Estados han actuado como factores de concienciación de la diferencia a través de políticas de excepción cultural, que han pretendido preservar unos rasgos diferenciados de identidad y solidaridad expresados a través de una historia nacional a la que se dotaba de una dinámica propia –la peculiaridad nacional–, unos instrumentos específicos de transmisión de esa cultura, y la preservación de una lengua y de unos símbolos que representaran esa identidad nacional. Todo el entramado ideológico de la identidad nacional se ha articulado sobre la base de este marco complejo de solidaridades hacia dentro y de separación frente al exterior. En este sentido, las obligaciones de solidaridad operaban solo entre los ciudadanos del Estado y no ante los ciudadanos de otros. Incluso durante siglos los extranjeros han sido considerados despectivamente como los otros, un grupo de referencia negativo frente al grupo de pertenencia a través del cual se construye la propia identidad.

Esta concepción de la identidad nacional se ha visto históricamente consolidada por la clásica visión de un sistema de Estados soberanos, igualmente independientes de una autoridad exterior en el control de su territorio y población, y que han basado su acción en las nociones de interés nacional, independencia nacional y seguridad nacional. Según esta visión, los intereses entre los diferen-

³⁰ Idea que se puede generalizar, como demuestran las obras de BADIE, B. (1995) *La fin des territoires. Essai sur le désordre international et sur l'utilité sociale du respect*. París, Fayard, y de BADIE, B. y SMOUTS, M. C. (1995) *Le retournement du monde. Sociologie de la scène internationale*. París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques & Dalloz.

³¹ BANKS, M. y SHAW, M. (1991) *State and Society in International Relations*. Nueva York, Harvester & Wheatsheaf, especialmente capítulo introductorio.

tes Estados son excluyentes y las formas de alcanzarlos dependen de su poder relativo, sin verse limitados por otras restricciones más que las voluntariamente aceptadas, pues no existen marcos normativos o institucionales que puedan disciplinarlos de forma eficaz. La competencia prima sobre la cooperación, pues no existe un verdadero interés común entre los Estados³².

La globalización ha hipertrofiado esta idea de exclusividad y de seguridad frente a un nuevo marco de competencia, pluralismo, heterogeneidad y multiculturalidad. Por eso, este radicalismo identitario se basa en dos elementos esenciales: la vuelta al principio clásico de preferencia nacional descrito con anterioridad, convertido ahora en un principio de exclusividad nacional, y la vuelta a un principio de seguridad económica que apela a un proteccionismo que impida la libre competencia. La contradicción es evidente, pues este retorno proteccionista ha calado esencialmente en aquéllas sociedades que más estimularon, y más se aprovecharon, de la globalización.

La lógica identitaria es, pues, un concepto de largo arraigo en las sociedades occidentales. Lo que han hecho muchos partidos europeos y en Estados Unidos es adecuarla a una lógica binaria y simplista de ganadores y perdedores, de responsables y víctimas de la globalización. Se basa en la denuncia básica de una situación de catástrofe social achacable no solo a una élite, sino a la cosmovisión globalista que esa élite defiende y promueve. Por eso, frente a las proclamas de integración y de apelación a la heterogeneidad de estas últimas, se enarbola el discurso de la salvación de la identidad nacional. Un discurso centrado esencialmente en la consideración del otro como enemigo o, en el mejor de los casos, como riesgo. Especialmente cuando este otro es ese islamismo percibido como antitético a los valores tradicionales que han forjado los elementos básicos de la identidad nacional y europea.

En el caso norteamericano, la narrativa política del presidente Donald Trump había sido anticipada intelectualmente por Samuel Huntington cuando en su última obra señalaba que la identidad norteamericana estaba siendo amenazada por una doble vía. Desde el exterior, por ese islamismo radical que actúa mediante indiscriminadas acciones terroristas; desde el interior, por la avalancha de inmigrantes latinos, especialmente mexicanos y centroamericanos, que de manera silenciosa estaban, en su opinión, transformando la cultura, la sociedad

³² Elementos constitutivos de la visión tradición realista de las relaciones internacionales. NAVARI, Cornelia: "Hobbes, The State of Nature and the Laws of Nature"; y CLARK, I. "Traditions of Thought and Classical Theories of International Relations". Ambos en CLARK, I.; NEUMANN, I. B. (eds) (1996) *Classical Theories of International Relations*, Londres/Nueva York, MacMillan/St. Anthony's College, pp. 20-41 y 1-19; GUZZINI, S. (1998) *Realism in International Relations and International Political Economy. The Continuing Story of a Death Foretold*. Londres/Nueva York, Routledge.

y la política norteamericana. En realidad, Huntington lo que pretende es que los ciudadanos estadounidenses consideren que los problemas de la identidad nacional deben ocupar un lugar preferencial entre los grandes problemas sociales del país, pues considera que ese papel central ha cedido protagonismo frente a la multiplicación de otras identidades fragmentadas de tipo étnico, religioso, de género o raciales. Desde su perspectiva, los culpables de esta decadencia de la idea de identidad nacional son primordialmente las élites políticas e intelectuales, ya que habían fomentado la desaparición de una conciencia nacional férrea que obligaba a la asimilación, en favor de un vacío multiculturalismo que ya no impone a los inmigrantes la obligación de aceptar rígidamente los elementos básicos sobre los que se había construido la identidad nacional de los Estados Unidos. El resultado, para Huntington, ha sido la creación de una identidad múltiple, dividida, fragmentada, por lo que considera esencial reconstruir una identidad central, vehicular y articuladora, basada en la tradicional profundidad de la conciencia religiosa, en los valores protestantes y que, por supuesto, se exprese únicamente en inglés³³.

Huntington es importante porque sintetiza con esa habilidad propagandista que siempre le ha caracterizado los puntos esenciales de los radicalismos identitarios europeos. Por tanto, argumentos muy parecidos a estos son los que esgrimen en Francia el Frente Nacional, en Holanda el Partido por la Libertad, el Partido de la Libertad en Austria, Amanecer Dorado en Grecia, el Partido de los Verdaderos Finlandeses, los Demócratas suecos o, por no extendernos más, Alternativa por Alemania. Todos ellos abogan por el regreso al concepto tradicional y restrictivo del Estado-nación, entendiendo esa nación en un sentido único, cerrado y exclusivista. Por eso rechazan el proceso de integración europea y la pérdida de soberanía que conlleva. Aunque lo que reivindican esencialmente es el control de las fronteras, políticas rígidamente proteccionistas y el cierre de los países a la inmigración, especial, aunque no solamente, la islámica, a fin de preservar lo que consideran identidades tradicionales en riesgo. Un concepto que recuerda al pretérito de raza.

Sin embargo, no abogan por la construcción del hombre nuevo, ni por un nuevo tipo de Estado de carácter totalitario, típicas utopías de los fascismos del siglo XX. Es un movimiento de reacción, quiero decir, reaccionario, que apuesta por la vuelta a lo que consideran la tradición y, sobre todo, a la idea de orden enmarcada en un idealizado espacio patriótico y nacional. Muestran una radicalización de los valores conservadores como estrategia de encuadramiento

³³ HUNTINGTON, S. (2004) *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional*, Barcelona, Paidós.

de unas clases medias depauperadas y de unas clases populares que se sienten insuficientemente comprendidas y defendidas tanto por la derecha clásica, a la que se acusa de adoptar posiciones tibias y asimilacionistas, como por la izquierda, a la que culpa de fomentar el multiculturalismo, de haber abdicado de cualquier idea nacional, y de haberlas dejado indefensas frente a la competencia que representan, supuestamente, los inmigrantes, al no aplicar políticas de preferencia nacional.

Un elemento retórico que conduce inexorablemente a dar en los discursos políticos un nuevo valor a lo emocional y sentimental. Es lo que, de forma bastante “líquida”, se ha llamado posverdad. Aunque lo realmente interesante del concepto, si es que verdaderamente es tal, es que puede describir el proceso de expansión de la mentira como un instrumento más de la política. No se refiere a los típicos mensajes de campañas electorales que luego no se cumplen, o a prometidas acciones de gobierno que nunca se realizan. Se refiere a la utilización de la mentira como un recurso más para alcanzar el poder, y a la capacidad que tienen esas mentiras para convertirse en verdades socializadas, dada la capacidad de comunicación masiva y acrítica que generan las redes sociales, que hace extraordinariamente difícil poder desmentirlas. Incluso que esos desmentidos pueden tener efecto alguno.

En definitiva, la aparición de este radicalismo identitario estratégicamente populista, se explica también desde una perspectiva de inseguridad. Es la salida que millones de personas han encontrado frente a la inseguridad vital percibida en el contexto de la globalización y de la crisis económica desatada desde 2007. Es la respuesta a la ruptura de ese mito instalado desde los años sesenta de que era posible construir sociedades de potentes clases medias consumistas como factor de equilibrio y expresión de un pacto social inclusivo y social, cultural, y racialmente abierto. Es la respuesta a esas élites que habían capitalizado el poder en nombre de esas sociedades abiertas y que luego, con el estallido de la crisis económica, se demostraron incapaces de preservar los espacios de cohesión que esas clases medias empobrecidas creyeron tener ya asegurados para siempre.

La radicalidad del populismo de izquierdas

La oposición ideológica a la globalización ha permitido reactualizar las trashedas utopías colectivistas basadas en un simplista concepto igualitarista. Las viejas lógicas ideológicas de los partidos comunistas y de extrema izquierda

han transformado profundamente su retórica discursiva y sus dogmas de clase, para adecuarse a nuevos contextos y a nuevos receptores de perfil urbano y de clase media. Es lo que Laclau y Mouffe han definido como posmarxismo³⁴, que no es, en absoluto, indiferente a la rápida transformación de las formas de comunicación política producidas por la extensión de las redes sociales, y por el nuevo papel de la televisión como plataforma de adaptación de la política a fórmulas de diversión y entretenimiento de masas. Una nueva forma de transmitir los discursos políticos en la que los componentes sentimentales y emocionales, y los discursos maniqueos e infantilizados se imponen frente a narrativas basadas en la complejidad y la definición problemática de las situaciones y los procesos políticos³⁵. Es la aparición de la política líquida³⁶, política posmoderna, o lo que se ha denominado política 2.0 o ciberpolítica, terreno en el que la nueva izquierda ha demostrado tener una especial capacidad de actuación.

Esta nueva izquierda radicalizada se basa en la crítica profunda de las representaciones políticas tradicionales, en la apuesta por la disgregación de las anteriores posiciones de consenso, y en el apoyo a nuevas estructuras de oposición conformadas por una pléyade de movimientos sociales³⁷ articulados en torno al reforzamiento de las vertientes de autodefinition antiliberal, anticapitalista y antiglobalización. Sus argumentos esenciales se asientan en la crítica de la democracia liberal, así como en la denuncia de los principios de autoridad y legitimidad construidos en torno a ella, al ser percibida como un sistema formal y encubridor de estructuras supuestamente autoritarias³⁸. Para estas corrientes, la verdadera dimensión de la globalización liberal es un mundo en negro que soporta injusticias, explotación y apropiación de la riqueza por una minoría egoísta. Un mundo en el que el bien común ha sido suplantado por el mercado, lo que ha llevado a la miseria a una mayoría explotada que se ve sometida por

³⁴ LACLAU, E. y MOUFFE, C. (1987) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid, siglo XXI.

³⁵ En este sentido, la idea de telenovelización de la política. BOUZA ÁLVAREZ, F. (2007) "La telenovelización de la política: (del nacionalcatolicismo al mirón comunitario)" en *Lo que hacen los sociólogos: homenaje a Carlos Moya Valgañón*, Madrid, CIS, pp. 363-373.

³⁶ BAUMAN, Z. (2002) *Modernidad líquida*. México, FCE.

³⁷ El análisis de los movimientos sociales desde la perspectiva de su inclusión o no en una dimensión posmaterial en DELLA PORTA, D. y DIANI, M. (2011) *Los movimientos sociales*. Madrid, Editorial Complutense/CIS, especialmente, pp. 101 y ss.

³⁸ Compartimos la idea del populismo como un intento de minar la institucionalidad de las democracias, para lo que necesitan una situación objetiva de crisis susceptible de asumir un carácter sistémico, y capacidad de propagar socialmente una visión de catástrofe que justifique su discurso de polarización. Por eso se mantiene que no son un nuevo tipo de partidos, salvo en los aspectos discursivos y estéticos. La discusión sobre si son o no un nuevo tipo de partidos en ZASLOVE, A. (2008) "Here to Stay? Populism as a New Party Type". *European Review*, vol. 16-3, pp. 319-336.

una élite extractiva³⁹. En realidad, es la nueva izquierda apelando a la vieja idea de hegemonía cultural de Gramsci, según la cual, la forma de dominación de las élites en sociedades culturalmente plurales se basa en la construcción de un discurso ideológico socialmente impuesto, que les permite legitimar su situación de privilegio sin recurrir a la coacción permanente. Por eso, el factor “liberador” es la construcción y extensión de un contradiscurso que debe ser aceptado y compartido por esa mayoría articulada que identifican como el pueblo, aunque no sea ni mayoría, ni esté realmente articulada. De ahí la importancia que esta nueva izquierda concede a la generación de pensamiento y a la comunicación política, que debe ser simplificada al máximo para generar un efecto deslegitimador de los discursos y narrativas “oficiales”⁴⁰.

Frente a la homogeneización que en su opinión plantea la globalización, esta nueva izquierda radical hace de la diversidad y la multiplicidad un factor más de subversión, pues pretenden presentarse como verdadera voz de la sociedad supuestamente víctima de esa lógica encarnada por los poderes económicos, políticos, mediáticos e intelectuales de las democracias occidentales. Bajo el pretexto de una democracia social y de base, lo que realmente plantean es el ataque a la democracia liberal tachándola de meramente formal, restando con ello legitimidad a sus cauces institucionales y a sus representantes. Es la anhelada subversión del orden liberal⁴¹.

El populismo es la estrategia, no la ideología. La transversalidad es una parte más de esa estrategia orientada a penetrar en las clases medias, no el fundamento. Es la expresión de un poscomunismo duro tamizado por medio de un tipo de discurso y de un proceso comunicativo basado en la polarización radical y permanente de la sociedad en un nosotros y un ellos⁴². Su objetivo no es mejorar

³⁹ En este sentido sigue siendo una referencia STIGLITZ, J. E. (2007) *El malestar en la globalización*. Madrid, Punto de Lectura. Un ejemplo de intelectualidad populista en ROMERO, M. y RAMIRO, P. (2013) “La globalización de la pobreza”. *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, nº 121, pp. 143-156.

⁴⁰ Según Fernández Liria, la hegemonía se ejerce apropiándose de lo que llama sentido común de la población, construcción que en realidad alude a la vieja idea de voluntad general. Por eso, en su opinión, la lucha política es sobre todo la lucha por la hegemonía cultural. FERNÁNDEZ LIRIA, C. (2016) *En defensa del populismo*, Madrid, Libros La Catarata, pp. 51-52.

⁴¹ La definición del populismo como nuevo subtipo de democracia, cuya característica esencial es su carácter iliberal en PAPPAS, T. S. (2014) “Populist Democracies: Post-Authoritarian Greece and Post-Communist Hungary”. *Government and Opposition*, vol. 49-1. pp. 1-23, DOI:10.1017/gov.2013. La discusión general sobre el concepto y la literatura científica, GIDRON, Noam y BONIKOSKI, Bart, *Varieties of populism: Literature review and research agenda*. Working Paper Series No. 13-0004, Weather Center for International Affairs, Harvard University, 2013. http://scholar.harvard.edu/files/gidron_bonikowski_populismlitreview_2013.pdf

⁴² La polarización como clave del discurso populista en FREEDEN, M. (1998) “Is Nationalism a Distinct Ideology?”, *Political Studies*, vol. 46, nº. 4, pp. 748-765. STANLEY, B. (2008) “The Thin Ideology of Populism”, *Journal of Political Ideologies*, vol. 13, nº. 1, pp. 95-110. TAGGART, P. (2000) *Populism*, Buckingham, Open University Press. JAGERS, J. y WALGRAVE, S. (2007) “Populism as political communication style. An empirical study of political parties discourse in Belgium”. *European Journal of Political Research*, vol. 46-3, pp. 319-345.

o profundizar en la democracia, sino un debilitamiento de las instituciones democráticas⁴³ con el fin de generar, como dice Francesc de Carreras, un sistema distinto que ya no podría denominarse democrático⁴⁴.

A modo de conclusión: la globalización que pudo ser y no ha sido. La ruptura de la utopía de comunidad global

Si en los años noventa una de las palabras más utilizada en las Ciencias Sociales y Humanas fue globalización, hoy está empezando a popularizarse su inverso: la desglobalización. Concepto con el que se pretende aludir al actual proceso de vuelta material y simbólica a la vieja idea de Estado nacional, a los tradicionales principios identitarios y exclusivistas en los que históricamente se ha basado, y a una también antigua idea de soberanía políticamente cerrada, culturalmente homogénea, y económicamente proteccionista. Pero la desglobalización no es un mero proceso económico, mensurable, por ejemplo, en la disminución significativa del comercio mundial. Es, esencialmente un proceso simbólico, basado en la deconstrucción de los mitos en los que se ha sustentado la expansión de esa globalizadora hegemónica.

Es decir, la globalización no ha conseguido ser esa representación idealizada del mundo que lo imaginaba como un sistema capitalista global, conformado por una agregación de regímenes democráticos y pluralistas que se relacionaban entre sí de forma pacífica, aunque competitiva. Esta dimensión ideológica aludía a la hipótesis de una nueva forma de interconexión entre lo local y lo global, que invitaba a la progresiva abolición de la tradicional distinción entre la política interna y la internacional. En consecuencia, proponía una nueva forma de acercarse a ámbitos como la política, la economía o la sociedad, y una nueva manera de acercarse a conceptos como democracia o ciudadanía como categorías que se extendían más allá de los Estados. La política global sugería que era identificable un sistema político global, y un proceso político global que abrazaba una red mundial de interacciones y relaciones que interconectaba de forma múltiple a los Estados y a las sociedades⁴⁵.

⁴³ Este elemento lo ponen de relieve ACEMOGLU, D.; EGOROV, G. y SONIN, K. (2011) "A Political Theory of Populism," Working Papers 17306, National Bureau of Economic Research, p. 31. <http://economics.mit.edu/files/8797>

⁴⁴ CARRERAS, F. "Populismo contra democracia". *El País*, 9 de abril de 2015. http://elpais.com/elpais/2015/04/06/opinion/1428341485_453181.html.

⁴⁵ Para el concepto de sociedad global se puede consultar ALBROW, M.(1996) *The Global Age. State and Society Beyond Modernity*. Cambridge, Polity Press, pp. 93-96. La idea de sociedad-red es descrita por

Pero lo cierto es que esta idea de globalización solamente se ha hecho realidad para un número reducido de empresas, instituciones y personas que sí actúan conforme a esa nueva lógica globalizada. Sin embargo, buena parte de los seres humanos siguen sujetos a marcos de referencia mucho más limitados⁴⁶. Es decir, la globalización no ha conseguido ser esa construcción ideológica que pretendía transformar el mundo de acuerdo a los principios liberales que impregnaban su base. Y no solo eso, sino que buena parte de ese mundo que la impulsó, la mira hoy con evidente temor, ya que ha acentuado la situación de fragilidad de amplios colectivos humanos debido a las intensas demandas técnicas, formativas y de productividad que exige. La aparición de sociedades ampliamente polarizadas expresa las crecientes dificultades de todas las sociedades desarrolladas del planeta para asegurar su cohesión interna y para integrar a sus miembros en una comunidad extensa e inclusiva de ciudadanos⁴⁷.

La apuesta por la desglobalización es, en el fondo, una reacción de inseguridad ante la percepción de una realidad que a pesar de proporcionar nuevos bienes que ya forman parte inevitable de nuestras vidas –y, en muchos casos de nuestras nuevas adicciones– como los smartphones, las tablets, las televisiones Smart TV, y demás artilugios que supuestamente nos conectan con todo y con todos, hace creer a millones de personas que las economías de los países desarrollados tienen cada vez más dificultades para crecer, y sobre todo, para crear empleos de cierta duración y con remuneraciones mínimamente dignas. Al mismo tiempo, estas sociedades desarrolladas envejecen a pasos agigantados, lo que hace que esas clases medias tradicionalmente despreocupadas expresen hoy profundos temores acerca de su futuro, enfrentadas al problema de encontrar fórmulas a través de las cuales mantener a una abultada población mayor que va a vivir muchos años sin más rentas que las que les pueda ofrecer ese Estado del Bienestar cada vez más frágil. El envejecimiento crea la metáfora de un agotamiento simbólico de los países desarrollados, que hipertrofia la visión negativa de unos países emergentes de economías dinámicas que son percibidos ahora como competidores imbatibles de los que es preciso protegerse. Igual que es necesario aislarse de esos flujos migratorios voluntarios o involuntarios que huyen de las zonas de hambre, o de guerras y conflictos eternos que nunca encuentran satisfactoria solución. Para unas sociedades acostumbradas a la

CASTELLS, M. (coord.) (2006) *La sociedad red, una visión global*. Madrid, Alianza, También, CASTELLS, M.; TUBELLA, I.; SANCHO, T. y ROCA, M. (2007) *La transición a la sociedad red*. Barcelona, Ariel.

⁴⁶ Esta lógica de dualidad en HELD, D. y MCGREW, A. (2003) *Globalización/antiglobalización. Sobre la reconstrucción del orden mundial*, Barcelona, Paidós, pp. 21 y ss.

⁴⁷ Así lo considera KLINGER, M. (1998) "En finir avec l'exclusion". *Sociétés. Revue des Sciences Humaines et Sociales*, De Boeck Université, n.º. 61, pp. 65-79.

opulencia incuestionable⁴⁸, su creciente vulnerabilidad es culpa, en unos casos, de unos nuevos competidores demasiado peligrosos; en otros, de las indeseables consecuencias del caos migratorio que ellos no están dispuestos a soportar.

La globalización ha expandido y difundido la riqueza por buena parte del mundo. Sin embargo, parece haber fracasado a la hora de generar lazos de solidaridad material suficientes como para pensar en la idea de una comunidad global segura y próspera⁴⁹. La globalización ha fracasado a la hora de conciliar los profundos dilemas o contradicciones que se producen entre lo universal y lo particular, entre el pluralismo y la diversidad. Y ha sido también incapaz de generar un consenso moral capaz de sobreponerse y limitar los efectos perniciosos de la enorme expansión de oportunidades materiales que ha traído consigo. De hecho, el gran fracaso de la globalización es haber sido incapaz de desarrollar un marco normativo y de extender unos límites morales, tanto en términos individuales como colectivos; tanto dentro de las sociedades, como en el desarrollo de un marco institucional internacional ajustado a un consenso normativo básico.

La globalización ha coincidido con la acentuación en las sociedades occidentales de las tendencias de individualización y relativismo moral, que han hecho que sea la propia persona la que en cada momento y en cada circunstancia determina el juicio moral que merece su comportamiento, sin ajustarse a esos patrones generales expandidos por las grandes instituciones tradicionales encargadas de ello, especialmente las religiosas. De esta forma, la referencia moral se ha convertido en algo adaptativo y cambiante, ajustándose a lo que cada individuo considera mejor en un momento y una situación dada. Esta autonomía y relatividad de normas y valores en las distintas esferas sociales ha marcado una tendencia a configurar una especie de moral o valores a la carta, acomodables a cada circunstancia personal siendo, además, potencialmente contradictorios,

⁴⁸ Galbraith ya había advertido, a finales de los años cincuenta, de que una sociedad rica que asumía la existencia de amplios niveles de pobreza era un fracaso. La solución que aportaba era la apuesta por el desarrollo del Estado del Bienestar, lo que efectivamente ocurrió en las dos décadas siguientes. El problema es entender si esa apuesta por el desarrollo de la inversión pública sería posible e, incluso positiva, en esta segunda década del siglo XXII. GALBRAITH, J. K. (2004)(1958) *La sociedad opulenta*. Barcelona, Ariel.

⁴⁹ Merle considera inapropiado incluso el concepto de sociedad pues cree que escapan en lo fundamental al imperio del derecho. MERLE, M. *op.cit.*, pp. 477-478. En igual sentido, HOFFMAN, S. (1979) *Teorías contemporáneas sobre las relaciones internacionales*. Madrid, Tecnos, p. 24. LUARD, E. (1990) *International Society*. Londres, MacMillan, p. 7. GREENWOOD ONUF, N. (1998) *The Republican Legacy in International Thought*. Cambridge, Cambridge University Press, p. 167. ROBERSON, B. A. "Introduction". en ROBERSON, B. A. (ed) (1998) *International Society and the Development of International Relations Theory*. Londres/Washington, Pinter, pp. 1-16. BORGETTO, M. (1993) *La notion de fraternité en droit public français. Le passé, le présent et l'avenir de la solidarité*. Paris, Librairie Générale de Droit et de Jurisprudence, pp. 19 y ss. BULL, H. (1977) *The Anarchical Society. A Study of Order in World Politics*. Londres, MacMillan, pp. 24 y ss.

puesto que lo que se considera éticamente aceptable en un ámbito concreto, puede no serlo en otro, explicándose así esos comportamientos divergentes en los diferentes contextos diarios⁵⁰. Es, en otros términos, la descripción del comportamiento de las tantas veces aludidas élites extractivas. Esas que jugando en la penumbra de indefinición entre lo público y lo privado, han conseguido acaparar inmerecidamente y, en muchas ocasiones ilegalmente, gran parte de los incrementos de renta resultante del crecimiento económico.

Esta amoralidad demasiado generalizada existente dentro de las sociedades internas ha tenido también su correspondencia en el plano internacional. Como alertara en su momento Juan Pablo II, la globalización no podía entenderse sin fuertes exigencias éticas, ya que en caso contrario tendría unas consecuencias funestas para los más débiles. Incluso, advertía el Papa, que esa “*interdependencia, por una especie de dinámica interior y bajo el empuje de mecanismos que no puedan dejar de ser calificados como perversos, provoca efectos negativos hasta en los países ricos*”. Por eso su solución era “*(...) la solidaridad, que ayudaba a ver al otro, –persona, pueblo o nación–, no como un instrumento cualquiera para explotar a poco coste su capacidad de trabajo y resistencia física*”⁵¹.

Juan Pablo II aludía a la solidaridad, pero en la realidad actual se observan síntomas claros de agotamiento de las dinámicas no ya integracionistas, sino simplemente cooperativas. De hecho, la globalización ha generado una curiosa tendencia de contradicción entre la obligación de cooperar y la percepción del mundo como un nuevo club de la lucha en el que los Estados compiten sin reglas claras a fin de ganar jerarquía en el nuevo mapa geoeconómico internacional. Por eso, la extensión de la cooperación y el avance de la interdependencia no han podido hacer desaparecer los elementos más estructurales de conflicto y la idea de incompatibilidad de intereses entre Estados que luchan por alcanzar sus propios intereses a costa de los demás⁵².

En lo sustancial, el concepto y la realidad del Estado nacional siguen siendo fundamentales. La legitimidad de los gobiernos sigue dependiendo de la elección de sus ciudadanos frente a los cuales son responsables, y la limitación del poder sigue pensada en términos de poder del Estado sobre la base de los respectivos pactos constitucionales. En otras palabras, las comunidades políticas

⁵⁰ Una visión de la evolución de los valores sociales en MAAMAN, L.; MOOR, R. de “Individualización y cambio de valores en Europa y Norteamérica”. en DÍEZ NICOLÁS, J.; INGLEHART, R. (eds) (1994) *Tendencias mundiales de cambio en los valores sociales y políticos*. Madrid, Fundesco, pp. 29-62.

⁵¹ *Sollicitudo Rei Socialis* (20 diciembre, 1987). Juan Pablo II, Encíclica.

⁵² KEOHANE, R. O. (1988) *Después de la hegemonía. Cooperación y discordia en la política económica mundial*. Buenos Aires, GEL, pp. 74-75.

siguen reflejando identidades socioculturales específicas y diferenciadas las unas respecto de las otras. Cada una sigue reconociéndose en una tradición, una lengua y una patria común que une a sus ciudadanos en cuanto grupo y establece una más o menos determinada comunidad de destino, que tiene su reflejo político en la idea de que forman una nación que se gobierna a sí misma. Los valores y normas morales que definen lo bueno y lo malo, y las reglas y normas jurídicas que definen lo justo y lo injusto, dependen de esas tradiciones específicas y de los distintos marcos institucionales y políticos que derivan de ellos. Por tanto, analizando la realidad actual observamos no solo que no existen valores comunes general y universalmente aceptados, sino que tampoco existen marcos institucionales jurídico-políticos considerados universalmente legítimos.

Pero, lo esencial que implícitamente reflejaba Juan Pablo II era el fracaso más evidente de la globalización: la ruptura, una vez más, de la vieja utopía de comunidad global. Una idea de larga, pero nunca exitosa, historia.

El pensamiento griego había sido extraordinariamente fértil en la elaboración teórica de la sociedad ideal, en la definición del gobierno democrático y en su preocupación acerca del poder y la autoridad. Pero siempre circunscribieron sus reflexiones al espacio limitado de la polis, esto es, de la ciudad-estado. En este pensamiento griego clásico, el individuo adquiría su máxima potencialidad solamente por, y en su condición, de ciudadano de la polis, por lo que hay que esperar al periodo helenístico para que el pensamiento político comience a experimentar un proceso de interiorización que manifieste una nueva valoración de lo personal, de lo íntimo, y al mismo tiempo, un proceso de expansión y asentamiento de la idea de una conciencia de la Humanidad como tal, basada en la existencia de una naturaleza humana relativamente idéntica en todas partes.

Pero, sin duda alguna, fue el cristianismo el que asentó definitivamente la visión del hombre como ser único dotado de dignidad en cuanto persona, y la idea de universalidad, es decir, de una Humanidad que alcanzaba a todos y en la que todos los hombres estaban dotados de una misma dignidad humana⁵³. Este humanismo cristiano definió, de forma definitiva, tres conceptos absolutamente esenciales, que siguen teniendo hoy plena vigencia. El primero es la idea de igualdad intrínseca de todos los seres humanos. En segundo término, la existencia de unas normas naturales que abarcan a todo el orbe, independientemente del derecho particular que exista en cada comunidad política independiente. En tercer lugar, la idea de unos derechos humanos previos e irrevocables.

⁵³ SABINE, G. (2004) *Historia de la teoría política*. Madrid, FCE, p. 114.

Frente al ideal espacial y geográficamente limitado del pensamiento griego, el cristianismo aportó el concepto de ciudad universal. Al postular la idea de que todos los hombres eran hijos de Dios, todos ellos debían verse a sí mismos y a los demás como hermanos, lo que quiere decir, y conviene resaltarlo con toda intensidad, que todos son iguales en dignidad. En consecuencia, todos estamos obligados por unas mismas responsabilidades morales establecidas por la ley natural, que surge a la vez de Dios y de la naturaleza racional y social de los seres humanos. Por eso era posible mostrar una doble obediencia, a Dios y a la autoridad política constituida, a la que exigían, eso sí, una obligación de adecuación y de correspondencia. En otras palabras, un principio básico de justicia y bondad en su actuación.

Este ideal de comunidad global fue profundamente reactualizado por la Escuela de Salamanca, sin duda, una de las mejores aportaciones de España a la cultura universal. Resulta sorprendente la actualidad del pensamiento de Francisco de Vitoria. Su extraordinaria capacidad de análisis le llevó a una síntesis realmente atractiva entre la tradicional idea cristiana de comunidad humana, y un criterio, que hoy hemos creído descubrir, de sociabilidad natural del ser humano. Según Vitoria, este ideal de sociabilidad no puede quedar limitado por ningún criterio de frontera, por mucho que el Estado represente para el individuo en términos de identidad, reconocimiento y pertenencia. La sociabilidad es intrínseca al ser humano y se extiende en un sentido global. En otros términos, comprende a la humanidad en su conjunto. En definitiva, Vitoria asienta el derecho de cualquier persona a establecer relaciones sociales con cualquier otra, independientemente de su lugar de nacimiento y, en consecuencia, sin que esa disposición a la relación pueda ser impedida o menoscabada por el poder del Estado.

Vitoria habla también de la unidad natural de los seres humanos que conforman una comunidad universal, a la que las personas pertenecen de forma natural, espontánea y preferente frente a la comunidad política definida por el Estado. Pero la comunidad universal vitoriana no es ninguna supramonarquía al estilo dantiano, sino el conjunto conformado por la familia de pueblos que conviven en la tierra. Pueblos que constituyen cada uno una comunidad política diferenciada. El sentido de autoridad global deriva de un acuerdo instituido entre todos ellos, que pueden establecer libremente el grado de poder que quieren conferir a esa autoridad universal. Por tanto, Vitoria habla en realidad de que existe un derecho natural de alcance universal que puede convertirse en derecho positivo si existe un acuerdo expreso de todos los pueblos para aceptarlo.

Immanuel Kant aporta otras dos ideas esenciales en este proyecto de construcción simbólica de una comunidad global. La primera es su derecho cosmopolita, con el que alude al derecho de toda persona a establecer relaciones y recorrer cualquier lugar de la tierra sin ningún impedimento. La segunda es la idea de paz perpetua, a la que aporta un camino posible para alcanzarla: la creación de conjuntos de repúblicas de orden legítimo basadas en criterios de homogeneidad constitucional. Se podrían citar muchos otros autores, pero lo que conviene resaltar es que desde hace muchos siglos la Humanidad lleva reflexionando en torno a la idea de crear una comunidad global basada en el respeto, la inclusión y la libertad. Pueden parecer valores abstractos, pero no lo son en absoluto. Todos los proyectos descritos concluyen en un mismo punto fundamental: que no puede existir ningún proyecto de tal índole que no se base en una idea de homogeneidad legítima. En otros términos, que no se asiente en la aceptación de unos determinados principios y valores de los que derive un criterio de orden y unos procedimientos consensuados de relación⁵⁴, orientados a alcanzar y a hacer realidad, precisamente, esos principios y valores propuestos.

La expansión del proceso globalizador ha sido hasta ahora la mejor oportunidad para hacer realidad si no una comunidad global en sentido estricto, sí al menos, una definición de los principios, y valores y el establecimiento de algunos procedimientos básicos de consenso para alcanzarlos⁵⁵. Sin embargo, parece evidente que la globalización no ha conseguido generar unos valores y principios universalmente aceptados. Porque no todo vale. En otras palabras, a pesar de la fragmentación y heterogeneidad existente en lo que a moral y valores se refiere, no todo es aceptable. No todas las costumbres o prácticas culturales son idénticamente justificables. La valoración del otro no puede llevar a un relativismo cultural absoluto que distorsione fatalmente el sentido de lo justo o injusto, de lo aceptable o inaceptable, de lo deseable o indeseable, de lo que es razonable de lo que no lo es en absoluto.

⁵⁴ Martin Shaw discute la diferencia entre sociedad global y sociedad internacional. Considera el primero un concepto débil de relaciones sociales que alcanzan a toda la sociedad. En cambio, el segundo es de significación más fuerte al referirse también a valores comunes y a la existencia de un consenso general. SHAW, Martin: "Global Society and Global Responsibility: the Theoretical, Historical and Political Limits of International Society". en FAWN, R.; LARKINS, J. (eds) (1996) *International Society after the Cold War. Anarchy and Order Reconsidered*. London, MacMillan Press/St. Martin Press, pp. 47-62.

⁵⁵ Algunos autores como Manfred Lachs o Antonio Cassese, consideran que estos criterios básicos existen, por lo que no dudan en afirmar la naturaleza comunitaria de la realidad actual LACHS, Manfred: "Quelques réflexions sur la communauté internationale". en V.V.A.A. (1991) *Le Droit International au service de la paix, de la justice et du développement. Mélanges Michael Virally*. Paris, Éditions A. Pedone, pp. 79-86. CASSESE, A. (1986) *Il diritto internazionale nel mondo contemporaneo*. Roma, Il Mulino, pp. 14-43 y 149-191. SKLAIR, L. (1991) *Sociology of the Global System*. Nueva York/Londres..., Harvester Wheatsheaf.

Un último fracaso de la globalización, o un nuevo éxito de la idea de inseguridad sobre el concepto de oportunidad, es que esa globalización se ha confundido en demasiadas ocasiones con el concepto negativo de riesgo global⁵⁶. Aludiendo como tales, entre otros, a la destrucción de los ecosistemas naturales, a la aparición de una delincuencia transnacional crecientemente organizada, a nuevas formas de ciberdelincuencia, y, sobre cualquier otro aspecto, al terrorismo yihadista y los intentos de territorializarlo como, por ejemplo, ha querido hacer DAESH en Siria e Irak. Porque la sucesión de grandes atentados yihadistas sucedidos en los últimos veinte años en Estados Unidos y en varios países europeos parecen desmentir cualquier posibilidad real de imaginar una comunidad global pacífica y ordenada. Tal es así que desde el 11 de septiembre de 2001 el mundo ha vuelto a asumir que la seguridad es el centro esencial de las preocupaciones de unos países occidentales que parecen caminar desde entonces según esa descripción realizada por Samuel Huntington del choque de civilizaciones.

Esta teoría supone un intento de reflexión sobre la fragmentación que vive la sociedad internacional y sobre la idea de conflicto en un marco de inestabilidad e imprevisibilidad propio del mundo de la posguerra fría. Para Huntington, el conflicto bipolar había tenido la ventaja de establecer con claridad ese binomio tradicional amigo/enemigo, pero una vez acabada la Guerra Fría, la relajación de los criterios de orden había hecho, a juicio de Huntington, que el conflicto adoptara una nueva dimensión. No sería ya un tradicional enfrentamiento entre Estados, sino entre las distintas civilizaciones. En su opinión, las tendencias integracionistas que el mundo había experimentado desde 1945 habían acabado por generar espacios culturales o civilizacionales competitivos, que luchaban, unos por extenderse, y otros por preservar su idiosincrasia. El problema esencial que señala el politólogo norteamericano es que no todas las civilizaciones tienen una misma capacidad expansiva, siendo la cosmovisión occidental la que tiene una mayor vocación de extraversion. Pero dado que en el momento actual, advierte, el mundo occidental es incapaz de mantener de forma completa e incontestada su posición de hegemonía, otras civilizaciones pueden luchar contra ella para disputar esa posición de primacía o, por lo menos, para ser capaces de movilizar recursos e instrumentos para oponerse a un dominio completo de ese mundo occidental menguante⁵⁷.

⁵⁶ Un pensar global que, sin embargo, está basado en una concepción de civilización netamente pesimista en vez de en una idea positiva, tal y como sucedió en el siglo pasado. STERN, G. (1995) *The Structure of International Society*. Londres/Nueva York, Pinter, pp. 261-262. LOMBORG, B. (2004) *Global crises, global solutions*. Cambridge, University Press.

⁵⁷ HUNTINGTON, S. P. (1997) *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona, Paidós, pp. 28-29.

La teoría de Huntington recurre a un tópico tan recurrente como el de la crisis de civilización que hace ya un siglo popularizara Oswald Spengler. Pero a pesar de todos sus defectos, ayuda a comprender un nuevo elemento inherente a la globalización: que la dialéctica homogeneización/fragmentación ya no se limita al mundo de los Estados, sino que parece haberse alargado, debido a la consolidación de una conciencia de pertenencia y lealtad a nuevos ámbitos civilizacionales que sobrepasan los límites de las fronteras nacionales. En todo caso, concluía este autor, la civilización occidental debía prepararse para una ofensiva a sus posiciones de dominio, que sería especialmente grave en el caso de la civilización islámica por su mayor propensión a la utilización de la violencia, por su mayor sensación de frustración, y por su radical separación entre infieles y creyentes en el Islam.

Los argumentos de Huntington pueden ser objeto de muchas críticas, pero lo que nos interesa resaltar en estos momentos es que los sucesivos e imprevisibles actos de terrorismo que han tenido lugar en varios países occidentales⁵⁸, y el miedo que han dejado a su paso, suponen dos cosas esenciales. La primera, la ruptura real de cualquier pretensión de avanzar hacia un marco de comunidad global, dada la creciente percepción de incompatibilidad entre esa parte del mundo islamista radicalizado y los demás. Segundo, la ruptura en muchas sociedades occidentales de los criterios de racionalidad con los que hasta ahora se habían evaluado las amenazas, lo que se ha traducido en una evidente incertidumbre en las respuestas, pues la irracionalidad del terrorismo en masa impide acudir a las clásicas fórmulas de la disuasión. Si la lógica de racionalidad desaparece, tampoco caben las fórmulas, también clásicas, de la negociación, pues no existen demandas terroristas que puedan ser satisfechas sin acabar con los valores y formas de vida de las sociedades pluralistas, libres y abiertas que asientan la convivencia en los países occidentales, y que, por otra parte, deberían ser fundamento de todo proyecto comunitario global legítimo. El gran problema del terrorismo yihadista es que impide establecer lazos comunitarios universales. Al contrario, establece con claridad factores de heterogeneidad tan radicales que, realmente, invalidan cualquier perspectiva de este tipo, incluso teórica⁵⁹.

Porque ese radicalismo islamista es incompatible con conceptos básicos que fundamentan la convivencia occidental. Es incompatible con el principio de li-

⁵⁸ REINARES, F. (2003) *Terrorismo global*, Madrid, Taurus, pp. 121-122.

⁵⁹ Algunas reflexiones sobre el debate comunidad/sociedad tras el 11 de septiembre en GARCIA I SEGURA, C. (2005) *Comunidad internacional y sociedad internacional después del 11 de septiembre de 2001*. Guernika, Gogoratz.

bertad religiosa, principio que la Iglesia Católica no solo acepta sino que defiende. Además, en cuanto que pretende ser un orden totalizador que abarca todos los aspectos de la vida del individuo, y del papel que debe jugar en la sociedad, su idea de sociedad choca frontalmente con los principios de libertad y pluralismo propios de las sociedades abiertas.

En conclusión, cualquier marco de inseguridad permanente es incompatible con un proyecto comunitario de dimensión universal. No solo hipertrofia los factores de heterogeneidad hasta convertirlos en factores de incompatibilidad y exclusión mutua, sino que rompe la necesaria homogeneidad interna de las sociedades que sufren la amenaza⁶⁰. Es precisamente el gran triunfo del terrorismo: dividir a la sociedad y romper su cohesión interna. Como ya advirtiera Kant, el ideal universalista solo puede venir de la comunidad de valores y de la solidaridad y reciprocidad entre sus miembros. Y cualquiera de esos elementos parecen hoy muy lejanos.

⁶⁰ Sobre este particular resultan interesantes las aportaciones de KAGAN, R. (2005) *Contra el Eje del Mal*. Córdoba, Almuzara. GLUKSMANN, A. (2004) *Occidente contra Occidente*, Barcelona, Taurus.

JUAN CARLOS JIMÉNEZ REDONDO es profesor titular de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales en la Universidad CEU San Pablo. Licenciado en Geografía e Historia y en Ciencias Políticas y Sociología, Doctor en Historia Contemporánea y en Ciencias Políticas y de la Administración y Diploma de Estudios Avanzados en Derecho Público. Es también secretario académico del programa de doctorado en Humanidades para el mundo contemporáneo de la Escuela Internacional de Doctorado del CEU y comentarista político en el programa *Hora25* de la Cadena SER. Autor de numerosos trabajos científicos, es en la actualidad investigador principal del proyecto del Ministerio de Economía y Competitividad (Ref.: HAR2015-68492-P) “Los discursos geopolíticos de la Península Ibérica durante las dictaduras de Salazar y Franco: proyectos y realidades de la alianza peninsular y su proyección internacional”. Ha sido, además, premio de investigación Ángel Ayala en dos ocasiones.